

**Antologías de poemas leídos en
diferentes**

**Presentaciones realizadas en la cd.
de México y en algunos municipios
del Edo. de México**

Invitado por La Brigada

Para Leer en libertad

de la cual él se consideraba miembro activo

Diario

Allá en mis mocedades,
debería de haber escrito un *Diario íntimo*,
género literario

que se presta tanto a los secretos

-que pasan menudencias de corazón
de boca a oreja

como a las confesiones

-que sufren un temor descomunal a la intemperie
y a las lenguas viperinas y depredadoras
del qué dirán.

Allá en mis mocedades.

Cierto que, siendo muy pequeño,
con alma,

experiencias

y rostro imberbe,

tuve un oso

del tamaño de Dios,

a quien le dije todo, en la confianza

de que la indiscreción no es de peluche.

Pero nada mejor

que el cuaderno de cabecera o la embriaguez de buró
de un Diario íntimo,

porque él sabe escuchar nuestras aspiraciones,

incoherencias y debilidades,
sin interrumpirnos,
sin obligarnos,
 con la labia imperativa del consejo amoroso,
a cambiar de opinión,
sufrir los flagelazos del deber ser,
tachar las oraciones destinadas
al confesonario de la confidencia,
desandar lo andado
y arrojar nuestras huellas
al precipicio del arrepentimiento.

En ese Diario podría haber señalado
el día, la hora, los minutos
en que descubrí la música de cámara de la rima,
las rítmicas pezuñas de la métrica,
el cántico efervescente del jilguero,
el virtuosismo de los trabalenguas,
la terquedad de los pleonasmos,
el traje de gala del adjetivo exacto,
la juguetería fantástica de la metáfora.

En ese cuaderno de intimidades,
podría haber dejado correr la crónica
de mi primer encuentro con las palabras.

Compensación

Un Diario, en fin, no tuve.
¡Pero cuántas plumas, bolígrafos,
lapiceros, máquinas de escribir, para no hablar
de los borradores
que, manos a la obra, limpiaban los sustantivos
de la terquedad de la redundancia,
la grandilocuencia de lo nimio
y la bisutería de la adjetivación, o de los sacapuntas
empeñados en aliviar la afonía de los lápices
y enmendarle la plana a la blancura de la página
virgen!
¡Y cuánta, cuánta tinta que,
frente al hablar en voz baja de los lápices,
se convertía gustosa en altavoz de mis vivencias!
Ahora, en mi fiebre de modernidad,
en mis ansias de arrancarme del pecho el siglo XX,
hasta programo sueños, utopías,
poemarios de nunca acabar
por computadora,
y hago lo imposible para que no muera electrocutado
mi romanticismo, viejo, pasado de moda,
que, no obstante, como el faro de bolsillo de la
brújula,
es el que siempre le da luces a mi pluma

para acceder a buen puerto en un feliz punto final.

El pequeño escándalo

Las cosas son como son.
El ser que las amasa, las contamina.
Ellas no tienen la más mínima posibilidad
de incomodar al destino
y desoír su mandato.

Algo de los hombres y mujeres
cae más del lado de aquéllas, que de la autonomía, el
arbitrio
y la albañilería de los sueños.

Mas, dentro de ciertos márgenes,
es el ser humano un dios de lo posible.
No puede alterar el curso inexorable,
terco, testarudo, de la ley física. Pero a veces le es
dable
levantar la mano, tomar la voz,
y ejercer el pequeño escándalo cotidiano
de la elección.

La necesidad, perpleja, no sabe qué hacer:
algo se le va de las manos –no mucho, claro es,
si lo comparamos con un cosmos
que se extiende a lo largo y a lo ancho
de su propio infinito–,
y adquiere un vivo aspecto fantasmal
de suburbio o barriada de país maravilloso,

en que Alicia, creciendo y decreciendo
en proporción inversa de su mundo,
vivió la más sorprendente orgía de las formas.
Hablo de un ámbito más cercano
a los asombrosos juguetes de lo sobrenatural,
que a la ciega obediencia del efecto
a las órdenes dictadas por la causa.

Los humanos no pueden someter a su capricho
los tremendos motores de la fatalidad
o los vientos graníticos de la persistencia,
y entonces no les queda más recurso que enmudecer
o nadar a contracorriente
cara a cara a lo imposible.
Pueden tratar de combatir la omnipotencia de las
leyes,
de conquistar para sí cada vez más litorales.
Pero también tendrán que saber a qué atenerse,
percibir el aullar resignado del *ni modo*,
y no dar pasos en falso.
La prédica del filósofo aquí termina.
Él sabe evaluar con precisión nuestros límites
y la pequeñez de nuestros gritos.

Definición

Poeta es para mí
no el que, por una vez solo,
escribe un poema
y se sube a cualquier peñasco
para aullarlo a la luna,
o el que hace un tatuaje de jeroglíficos
en la espalda de su amante,
o el que pergeña el material necesario
en el pergamino de la inspiración
para ofrecer un recital de intimidades
en cualquier micrófono
circundado de sillas y de aplausos.
No. Poeta es el que no puede dejar de escribir,
de decirse, de cantarse,
de deshacerse en canto apalabrado,
el que, en su fiebre de fantasías,
no da tregua a su lápiz,
el que siente uncida,
por no sé qué extraños vínculos,
la lengua y sus objetos portentosos

con el afán obsesivo
de su respiración,
y el que un día sí y otro también,
convierte en voz en cuello
el nudo en la garganta.

Voz

Cuando fui con el maestro Agustín Beltrán
a que me hiciera una prueba de voz
—porque me imaginaba que entre el habla y el grito
había un pequeño predio reservado a tus locuras,
corazón—
el maestro me dijo:
algo se puede hacer contigo,
tu voz no es bella, pero sí peculiar,
tu timbre, si la desarrollas,
se hallaría en medio de McCormack y Martinelli
que, aunque no son rosas o amapolas heroicas del
bel canto,
sí son exóticas orquídeas degustadas
por los paladares exigentes de oídos educados.
Pero tienes que dedicarte al estudio,
abandonar tus devaneos por la poesía,
la filosofía, las mujeres y, más que nada,
la política.
Me quedé, pues, con las ganas de cantar.
Opté por un modesto silencio
que prohíbe a las palabras

trascender de la plática al aullido,
por el discreto canto de los versos,
y por el dolor de garganta,
que cargo desde ese lejano día
en que el maestro Agustín Beltrán
me dijo que algo se podía hacer conmigo.

Optimismo

Aunque vivo un optimismo maltrecho,
en bancarrota,
que tiene los ojos puestos
más en las ruinas que en la utopía,
sé que un día lo tuyo y lo mío
serán el vergonzoso pretérito
del nosotros.
Que los campos de batalla
serán silenciados
por la afonía de los rifles
y cañones.
Que el calentamiento del planeta
no podrá impedir el enfriamiento sudoroso
de las frentes,
ni incinerar los ademanes
de las manos arrojadas a la obra
de su supervivencia.
Lo sé. Lo creo. Y mi grano de arena
se halla a tientas buscando

su lugar en la historia.
Cierto que mi optimismo ha muerto
muchas veces;
pero, por obra y gracia de no sé qué prodigios
que diseña mi enfermo corazón
entre un latido y otro,
sabe que se precisa
siempre resucitar al tercer día.

Vivencias de la tinta

En mi *Galería de cuadros inexistentes*
mi pluma hizo la reseña,
la descripción, con pelos, señales
y metáforas,
de pinturas imaginarias,
de lienzos que no existen
pero que
—como jirones de alma
sacados de las entrañas
de los colores— podrían haber existido.
Pinturas que, aunque nunca nacidas,
y por siempre nonatas,
podrían haber sido creadas
si el genio intransferible de los pintores
hubiera puesto manos al delirio.

La prisa de Remedios Varo

*Seguida de su vieja institutriz,
la muchacha lleva en la mano derecha
un gran barco de papel
y en la izquierda un charco que se le va
derramando.*

*Camina casi corriendo,
No vaya a ser que alguien se le adelante
en la creación del mar.*

***Punto de vista de Dios* de Giorgio de Chirico**

*Grandes moles de granito
y construcciones de mármol
intercambian frías opiniones
sobre la geometría.
En la calle,
un hombrecillo minúsculo,
insignificante,
desnudo –con su única pertenencia
(la sombra)
regada por el suelo–,
entreabre los labios.
No se sabe si emite una plegaria
o una blasfemia.*

Lista negra

Muchos fueron mis odios.
Entre ellos vienen a mi memoria:
el olor del incienso, la fiesta taurina,
el box, los eructos de los ángeles,
las baladas urbanas
de letra machista, clasemediera
y aguardentosa,
el *saragarcismo* de las familias,
la cebolla, el ajo
y la cursilería,
las aguas negras de la política nacional,
los anuncios en la radio el cine
y la televisión,
la acción empresarial
de dar los vidrios de colores del salario
a cambio del oro de la explotación,
la Academia de la Lengua,
las mafias literarias,
la hipocresía —que sale, con el cínico, del closet—
o el cínico introvertido, agazapado

en su máscara hipócrita,
 los déspotas, descomunales o invisibles,
 que suben peldaño a peldaño
 por su delirio de grandezas
 hasta creerse, en la cúspide, las deidades
 encargadas de regir los movimientos
 de los superlativos en el cosmos.

Consejos a mi pluma

Para Paloma Saiz

Tejero

Escúchame: amo aquella poesía
 que se escribe en las trincheras,
 a la luz de los fogonazos del odio;
 aquella que, si primero
 nace como el aullar
 de lobeznos perdidos en el cosmos,
 madura al convertirse en lanzallamas
 de fonemas corrosivos;
 aquella que, tras de recibir instrucción militar
 en la poesía de Pablo de Rokha o de Neruda,
 hace que todos sus versos se encuentren
 a un veneno tan sólo de tornarse serpientes;
 aquella que, al soltar sus alaridos,
 su ráfaga de entrañas hacia el cielo,
 prescinde de la bisutería
 de la rima,
 aquella que, de la mano de la pólvora,
 tiene como blanco la destrucción,

el estrago fecundo,
el bendito borrón que parirá
con dolor maternal la cuenta nueva,
la luz recién nacida,
la utopía en pañales
donde por fin las ruinas
alcen en hombros, victorioso, al humo.

Pero oye bien lo que digo: temo, repudio,
el "mucho ruido y pocas nueces"
de lo panfletario.

La poesía desfallece en el panfleto
como el oxígeno se asfixia en la caverna,
o la música de la verdad
en la vocal desgañitada.

Amo la poesía de denuncia
—aquella que espera a los trabajadores
a la salida de la fábrica
para intercambiar saludos
y planear cataclismos,
aquella que si sabe cantar, también vomita;
que si se anda en los aires pergeñando geranios,
también tiene gatillos en espera
del atrevimiento; aquella que...
pero, mi pluma, dejas mucho que desear:
vacilas, tropiezas con tus sílabas,
y cuántas veces, ay, tartamudeas.

Dejas mucho que desear y yo querría
que dijeras lo que otras callan,

que fueses veraz, indiscreta,
que te metieras en lo que no te importa,
que supieses murmurar como los ademanes
y gritar como los puños.

Escúchame: no te quiero recibiendo consejos
de los brazos cruzados.

Ni pasiva, pusilánime,
mirando las catástrofes
desde las galerías de tu olimpo
o los binoculares de tu musa.

No te quiero servil,
dándole por su lado a la derecha
que opone al ansia de avanzar
la dureza fanática del yunque,
o que, al son de sus gregorianos
rechinidos de dientes,
busca meterle zancadillas a la historia;
tampoco te deseo aplaudiendo
a la izquierda *moderna*,
(entregada, de tiempo completo, a su miopía)
la izquierda que, peinada
con las comillas de la sospecha,
mastica el bilingüe bocado de saliva
de la demagogia,
o que tiene siempre a mano
la disculpa mendaz, con su perfume
de magnolia podrida,
ocultando sus traiciones
en los pequeños juegos de artificio

que organiza la astucia de la lengua
a flor de labio.

Atiéndeme: te sueño ágil, diestra,
con la sensibilidad a piel de sueño;
y blandiendo un fusil bendecido por el don
de la buena puntería:
que donde pongas el ojo
pongas el epíteto corrosivo,
la denuncia,
el caos como primera piedra del empeño,
el semen de la aurora.

Nuevos consejos a mi pluma

Para Paco Ignacio Taibo II

Te quiero capaz de vislumbrar los pies de barro
del sistema y su compleja arquitectura de mentiras,
de salir a la intemperie, ferocidad al hombro,
a desfacer entuertos y enmendarle la plana a los
rosales

que, pobrecitos, no saben redondear
sino solo criaturas monocordes.

Ven acá: te quiero capaz
de hacer que haya gatillos en tus frases,
gatillos que, orientados por la mira
del sapiente coraje,
sorprendan a pupilas y entusiasmen a tímpanos
con la deificación del ruido (en el estruendo)
que extraerá de las ruinas otro mundo
con las manchas de sangre
de lo recién nacido.

Escúchame cabrona: que si hablas de Zapata,

del Che Guevara, de Salvador Allende
o de tantos, tantísimos otros,
que levantaron en armas a sus muinas,
lo sepas hacer con las frases apropiadas,
justas, militantes, que seduzcan la atención
y le pongan hormigas al descuido,
con palabras inventadas desde hace siglos
sólo para cumplir su cometido actual
de develar artilugios
y realizar una histórica masacre
de máscaras, disfraces, fingimientos
con que forma el poder sus escondrijos.

Mi pluma, como dejas mucho que desear,
como eres iletrada, tímida, ingenua,
y bastante torpe para hablar en público;
como tienes, reconócelo,
no sé qué debilidades por la retórica
y crees que la mejor manera de sorprender al público
es lanzar al firmamento los fuegos de artificio
de tropos rutilantes
y subir el volumen de lo pregonado
hasta la grandilocuencia,
te voy a tener que someter
a una fuerte y severa disciplina.

Durante mucho tiempo, pluma,
tú y yo, tomados de la mano,
asistiremos a marchas,
concentraciones y mítines.

Saludarás de corazón a las *adelitas*
y recogerás, para alguno de tus poemas,
las estrellas que arrancan del suelo los machetes.
Yo te conduciré a las concentraciones para que
aprendas
a desgañitar la tinta
que cargas en la garganta.
Te llevaré, para que no te enamores,
como Narciso,
de ti misma,
de lo que dices,
de tu lengua formada de gérmenes de palabras,
de tu forma tan personal
de robarle parlamentos al silencio.
Te llevaré, carajo, para que estés en contacto con la
gente,
para que sepas del calvario,
el vía crucis,
la crucifixión
de todo humilde miembro
de la especie.

A MI HIJO MENOR

QUÉ angustia siento al advertir que vienes
heridas y sangrando las rodillas
de la desobediencia,
y que sobre la rama tu descuido
maduró hasta volverse una caída.
Pero el regaño queda amordazado,
como el pararse en seco de un arroyo,
al oír que preguntan tus nueve años
por lo que tú podrías ser mañana.

¿Que qué podrías ser?
Podrías ser el médico que lleva
dentro del maletín ignoro cuántas
veladas de café y anatomía,
para salirle al paso a la fatiga
de los latidos pálidos, producto
de un corazón que incluye leucocitos
en sus palpitaciones; y podrías
ir sembrando en el vientre o las espaldas
del enfermo preguntas
para diagnosticar
qué sombra está cruzando por su entraña.

¿Que qué serás de grande?
Podrías ser filósofo y sufrir
jaqueca metafísica.
Buscando luz más luz en Spinoza,
Parménides o Hegel,
podrías encontrar únicamente,
tras de quemarte tanto las pestañas,

los negros kilovatios de la noche.
Pero también podrías descubrir,
con pupilas de aumento, con miradas
de contacto infinitas, los raudales
de luz medicinal, a donde puedes
hacer que se sumerja la miopía.

¿Que qué podrías ser?
Quizás el arquitecto que conspira,
desde que la obra cumple
sus primeros adobes, contra el frío
que los cuerpos intentan sacudirse
a fuerza del temblor que los domina.
Al alzar las viviendas dejarías
por fin desmoronada la intemperie
y hablando solo al viento.

¿Qué podrías ser tú? Tal vez un músico
que en toda pieza creara algún concierto
para emoción de público y orquesta.
Si, director, sabrías orquestrar
el supremo homicidio del silencio
exaltando las notas
a las proximidades en que el grito
vomita por completo sus entrañas
de sonidos o haciendo del conjunto
solamente un pianísimo de cola,
música tan pequeña
que con sólo una astilla de batuta
podría dirigirse.

Puedes ser lo que quieras, inscribirte
en el grado primero de cualquier decisión:
puedes ser un orfebre,
trabajar en las minas, en el campo
o en cualquier dependencia
del sudor de la frente;
pero sé antes que nada
el capitán severo que no deja
que encalle su navío
en cualquiera motín que le desplieguen
sus sentidos a bordo.
Puedes ser lo que quieras; mas prométeme

para serlo, una cosa:
 nunca, en ningún momento, nunca,
 nunca tendrás tu dignidad arrodillada
 frente a aquel que alimenta su estatura
 con todos los centímetros que pierden
 aquellos que se humillan,
 ni estarás con tu puesto en el mercado
 a la espera de que alguien
 te compre la conciencia.

A MÍ MISMO

Te dedicas de lleno a la poesía. Desde niño. Desde adolescente. En el cuarto de los trebejos, entre los cofres, los trajes vetustos, las telarañas de lo ido, hallas la vieja lira. La desempolvvas, te la llevas clandestinamente a tu alcoba. Das con la manera de afinarla. Y empiezas —generalmente en alto insomnio— a robarle algún acorde, a solicitarle cierto arpegio, a hurgarle no sé qué melodías. Y de ahí en adelante, durante décadas, ignoro qué pasión te tuerce el brazo para obligarte a negar con versos, estrofas y estancias la blancura perfecta de la página. Pero un día das de bruces con la prosa, la hallas inesperadamente, a la vuelta de una axila. Te le quedas viendo. Los entusiasmos se te vienen al rostro y el enamoramiento sienta sus reales a lo largo y a lo ancho de su entraña.

Te sientes prendado por el habla común. Rechazas las 'formas elípticas'. Los simbolismos y los circunloquios son agrupados en la lista de tus enemigos. El ideal, te sugieres, es tender puentes entre las vísceras de los humanos. La línea más corta entre un individuo y su semejante no puede ser la alegoría ni el seductor periplo del rodeo. Tiene que ser la prosa. La prosa que es un infatigable molino porque siempre va al grano. La prosa que puede dar testimonio del gruñido de un átomo o de la música para la galaxia sola.

Y resuelves que nada mejor que un haz de cuentos. Nada mejor que torturar o entretener al prójimo. Regalarle un olvido. Extirparle la ingratitud de algún regazo. Descorcharle una anécdota. Empujarlo a decirse. A colocar sus ojos a la altura de una imaginación que emprende el salto.

La prosa te seduce. Para llegar a ella, caminas pisoteando los pájaros del verso. Las metáforas están bien, sentencias, sólo para las jaulas.

Mas, de pronto, después de vivir los cuatro rincones de la prosa, sientes nostalgia por las piruetas del gorjeo, añoras los crujidos tarareables, recuerdas los aullidos a la luna de los tropos.

Pero el nido está ahí: con su redondo y blanco ofrecimiento. Te acercas. Levantas, con el pulgar y el índice, la promesa. Ves aparecer las cuarteaduras que prologan la atmósfera, la existencia, el tiempo. No se trata es verdad ni de un poemínimo (cómplice cuando más de un parpadeo) ni de aquel minicuento que corre tras el rastro del ojo de una hormiga. Es un poema que se asoma a un cuento que se asoma a un poema. O es un cuento que se asoma a un poema que se asoma a un cuento. En fin, es una prosa a la que el alpiste y la vecindad de los superlativos, la convierten en un pájaro consciente de que no hay jaula capaz de encarcelar sus trinos.

PROGRAMA DE VIDA

Nacer profundamente irritado.
Gritar de tal manera
que todos se vuelvan hacia el grito
buscándole su pedestal
de lobo.
Hacer que por los labios entreabiertos
se fugue del pulmón en llamas
la vocal militante.
Ensayar muy pronto los primeros pasos
para aprender a pisotear los insectos
que lanzan pequeñas tarascadas a los talones.
Concebir en la cuna nuestro primer proyecto
subversivo.
No dormir en la almohada (donde anidan los más tibios
ademanos maternos)
sino acurrucamos en nuestro propio puño.
Apachurrar las lágrimas
entre el dedo pulgar y el índice.
Hallarse preparada en todo momento
para desenfundar nuestra mejor injuria,
cortar cartucho y pasear los ojos
por un jardín de pulsos extraviados.
Buscarle la espinilla a los dioses.
Poner,
desde pequeños,
a nuestro oído en guardia
contra todo
canto de sirena y variaciones.
Desoír la varita de virtud,

sus tristes erecciones.
Rechazar el noviazgo que nos pone
las primeras esposas en las manos.
Luchar a sangre y sexo.
Escribir un epigrama que genere
cuarteaduras en los muros
del partido gobernante.
Pero no confiar demasiado
en las virtudes catastróficas de la lira,
en la toma del poder por los endecasílabos.
Buscar pacientemente en cada cuerpo
el punto en que se esconde la ternura.
Darle piel abierta a la caricia.
Organizar una manifestación
que corra, tumultuosa,
a escuchar en el zócalo un recital
de poesía.
Contemplarse las manos,
a la hora de morir,
y pensar en las obras
firmadas por sus huellas digitales.
No tener temor a la muerte.
Enseñar a los cojones a deletrear el infinito.
Morir tranquilo, en fin, tranquilo.
En paz, serenamente,
si se está convencido
de haber colaborado
con un grano de pólvora
al bendito desorden que se acerca.

LA SAL DE LOS ENCUENTROS

Que no somos células aisladas,
escindidas por la soledad personal
que a cada quien le adosa el nacimiento,
lo demuestra el saludo.

Las manos se estrechan
y reestablecen en un punto amoroso del espacio
la dispersa, flotante e invisible
especie humana.

¡Qué alegría encontrar a un viejo amigo!
Las manos estorban.
Decimos: “vengan acá esos brazos”
y nos sentimos felices de poner entre paréntesis,
segregado del mundo,
nuestro común aprecio.

Pobre de aquel que no tiene a quien saludar
o que, en lugar de familia,
tiene muebles, cuadros, candeleros.
Y que al salir de su casa
sólo le da la mano
al botón de la puerta.

En su isla, Robinson, al despertarse,
decía “buenos días” a los árboles
y saludaba de mano a los acantilados.
Pero esos saludos –cuya buena intención
no servía como antídoto
al veneno corrosivo de lo falso-
no eran el puente entre dos soledades
o el nexa entre dos de esas criaturas

que han sido arrojadas
a este valle de sollozos,
preguntas
y saludos.

Si le retiras a alguien el saludo
(la mano con guante de desdén)
es una forma atemperada
de atentar contra su vida,
de pasarlo por las armas del ninguneo,
y sufrir el amargoso exilio
del enjambre.

Hay saludos, lo sé,
que padecen enfermedades viles
y nefandas.
El "*Ave Caesar, morituri te salutant*"
es una aberración,
una excepción olorosa a azufre,
uno de esos juguetes que,
el día menos pensado,
el demonio saca de las bolsas de su traje.

El saludo verdadero es abrir la ventana,
darle la bienvenida al aire fresco,
intercambiar con los otros
pequeñas palomas mensajeras,
conspirar contra nuestros límites,
amordazar soliloquios,
darle la palabra a la amorosa punta
de los dedos.

Cierto que hay saludos rutinarios,
como cuando le digo "buen día"
al vendedor de periódicos,
mientras le pongo 10 pesos en la mano
a cambio del globo terráqueo
y sus escándalos y desgracias cotidianas.
Pero también hay saludos especiales,
privilegiados,
fuera de serie,
como cuando, tras la consabida presentación,
damos la mano

a la que va a ser
el amor de nuestra vida.

Las manos, al tocarse,
al saborearse mutuamente,
palpan de pronto
el porvenir,
la esperanza,
los prodigiosos contornos
del milagro.

Con los saludos germinan relaciones
que pueden florecer y redondear frutos,
pero que, con los adioses,
acaban por ajarse
o pudrirse.
Las despedidas vuelven a poner en los tobillos
del tú y el yo
los grillos de sus soledades
respectivas,
le meten zancadillas al saludo,
pisotean su campo de retamas,
no le exigen pasaporte al viento helado,
infectan al encuentro.
Pese al infarto cardiaco
que el adiós puede generar
en los saludos, éstos son
el santo y seña de la tribu.

LA CARICIA

Mano que resiste a acariciar
se marchita,
engarrota y enmudece.
Aunque en apariencia conserve los dedos,
el laberinto niño de sus huellas digitales
y un manejo espectral de manoteos,
se vuelve,
ensimismada,
en algo así como un callejón sin salida,
un muñón impotente, ciego,
atolondrado.

La caricia de un muñón,
su pasar por la piel una brocha
de tacto,
despierta más que placer
el blanduzco terror
de ser acariciado por un pequeño monstruo
concupiscente.

No hay nada más afortunado
que una caricia de buena factura,
en su punto,
hecha como Dios manda,
como si se le diera a la piel
una mano maestra
de barniz libidinoso.

Hay que saber hacerlo:
no deslizarla tan superficialmente
que linde con las cosquillas
y produzca el temblor con que los cuerpos
luchan por deshacerse de las hormigas
invisibles del escozor.

Ni realizarla con una presión tal,
en apretamiento desmedido,
que se avecine con el dolor,
temple el instrumento musical de su dolencia,
y lo taña en contrapunto de quejidos.

Nada de exagerar.
El justo medio le da la palabra
a un erotismo
que entra a la mayoría de edad
con tacto,
gallardamente,
las sienes canosas de experiencia.
Antes de ser alpinistas
y estar a una Babel de acariciar el cielo
hay que encaramarse
a nuestros afanes
más plausibles y a la mano.
Es más fácil subir
al seno de Mayra, la vecina de abajo,
que al Nevado de Toluca.

Sólo así.
Sin saltos mortales.
Sin tutearse con la grandilocuencia
de los superlativos.

La caricia adecuada
es un “ábrete Sésamo”,
meterle zancadillas al pudor,
descobijar prejuicios,
hipnotizar la piel ajena
hasta volverla complicidad
de futuros asedios.

La caricia consciente de sí
se propone seducir todos los obstáculos,
animar a la carne a incinerar remilgos
y hacer una limpieza general de incienso
en los órganos internos.

Una caricia astuta
que sabe dónde, cuándo y cómo

hacer acto de presencia,
y con la ayuda de un ósculo
que no se coagule en estación terminal,
tiene evidentes consecuencias
bíblicas e históricas:
tras de arrojar lo cotidiano al cesto de basura,
produce metamorfosis decisivas
en la cama:
con mágico vuelco transforma
las sábanas
en un predio del paraíso
con su tierra,
sus pastos,
sus plantas y sus flores.
Y allí, como siempre,
los cuerpos desnudos
que intercambian pedazos de entusiasmo,
sudores, identidades,
serán una más de las infinitas reencarnaciones
de Adán y Eva, nuestros huérfanos padres,
y un árbol sobrecargado
de impúdicas manzanas,
sin que falte jamás la presencia,
consabida,
imprescindible,
protagónica,
de la eterna serpiente.

De Joyas y Gerifaltes

VOCACIÓN

El niño de seis años —que con paso del tiempo se haría filósofo y francamente ateo— mostró el camino que iba a tomar en el futuro cuando, en la navidad, dijo a toda la familia: Santa Claus baja a la casa por la chimenea si y sólo si: 1) hay chimenea en la casa, 2) ha guardado la dieta suficiente para poder hacerlo, 3) que no esté encendida la chimenea y 4) que exista Santa Claus. Si no, se trata de un cuento de hadas que cuenta la mentira a la credulidad.

POZO

El abuelo se tiró al pozo y había que sacarlo. Los nietos, presurosos, le arrojamos una cuerda, y le gritamos que se agarrara fuertemente a ella para empezar a subirlo. Pero después de un gran esfuerzo sólo salió a la superficie el saco del abuelo. Tornamos a gritar y a arrojar otra vez la cuerda y sacamos los zapatos, los tirantes y la corbata del viejo. Su voz permanecía abajo, reticente. Después obtuvimos la camisa, los calcetines, la ropa interior y una fotografía de la abuela. Todavía se escuchaba su voz, pero como alejándose de nosotros en dirección al silencio. Arrojamos por última vez la cuerda y lo único que logramos sacar fue la sonrisa del abuelo.

Caperucita

Para Bernardo González

La verdad es que la caperucita
no estaba aún madura
para tus insinuaciones,
lobo.
Aún se hallaba jugando a la muñeca
consigo misma;
aún su matriz, con pobre aleteo,
se moría de envidia por las cigüeñas.
Aún sus senos
eran pequeñas colinas
incapaces de producir todavía
el mal de montaña.
En realidad, cuando llegó a tu lado,
y puso ante tus dedos el abismo
de la tentación,
cargaba en la entrepierna
remilgos de virginidad.

Observación

A Gabriel Vargas Lozano

En mis viejos tratados de filosofía
aprendí,
ha tiempo,
que no se deben confundir
los distintos y los contrarios.
La luna y el perro son distintos.
El día y la noche, contrarios.
Un seno y el otro, distintos.
La poesía y el orden existente,
contrarios.

Lista negra

Muchos fueron mis odios.
Entre ellos vienen a mi memoria:
el olor del incienso, la fiesta taurina,
el box, los eructos de los ángeles,
las baladas urbanas
de letra machista, clasemediera
y aguardentosa,
el *saragarcismo* de las familias,
la cebolla, el ajo
y la cursilería,
las aguas negras de la política nacional,
los anuncios en la radio el cine
y la televisión,
la acción empresarial
de dar los vidrios de colores del salario
a cambio del oro de la explotación,
la Academia de la Lengua,
las mafias literarias,
la hipocresía –que sale, con el cínico, del closet–
o el cínico introvertido, agazapado
en su máscara hipócrita,
los déspotas, descomunales o invisibles,
que suben peldaño a peldaño
por su delirio de grandezas
hasta creerse, en la cúspide, las deidades
encargadas de regir los movimientos
de los superlativos en el cosmos.

Consejos para no ir al infierno.

Hecho indiscutible;
los poetas envidiosos se van a ir
al infierno.
La tristeza por el poema ajeno
va a ser castigada con lujo
de crueldad.
Y ay del que,
a la hora del examen público de conciencia,
revele que en su fuero interno
soñaba con anular a su colega,
tenderle una celada a su respiración,
regar aceite en alguno de los peldaños
de su escalera
y quedarse con todos los portentos
de su pluma.
Su castigo será
—el trompeteo del juicio final
lo dirá con todas sus letras—
pedirle perdón a su víctima
por los siglos de los siglos.
Mejor, hermano mío, vuelve los ojos
a tus manos,
escudriña la línea de la vida, 66
pasa lista a tus huellas digitales,
arma el rompecabezas de tu musa.

Poesía

I

En el mundo y el país desastroso
que vivimos,
es imperativo inaugurar
un nosocomio de palabras.
Las de mayor gravedad,
aquellas que se traicionan a sí mismas
y son una amenaza pública,
deben llegar a *Urgencias*
y ser atendidas con premura
y eficacia.
Otras, con no sé qué infecciones
que les tuercen las letras y el sentido,
harán que un bisturí, perito en milagros,
saque a flote y cercene
los tumores malignos
que las empujan a decir la sarta de dislates
que acostumbran.

Los poetas, vestidos de blanco,
con el estetoscopio como crucifijo
y asesorados por su musa,
serán quienes
analizarán el expediente de las enfermas,
les tomarán el pulso, les tocarán la frente,
verán si en ellas ya no hay rastros
de la epidemia de sentidos tendenciosos,
y sólo si cargan a la espalda
honradamente su significado,

las darán de alta.

II

Los decires se contagian
de la lengua enferma,
o de la que está manejada,
como títere aplastado,
por los hilos de los monstruos carroñeros
que pueblan las lujosas colonias
del arriba.

La peor enfermedad que puede sufrir el lenguaje
es ser inoculada por el virus
de la política ambiente:

a los capitalistas se les llama empleadores,
a las naciones intervenidas y subdesarrolladas
sociedades emergentes,
al neoliberalismo cambio estructural,
a la privatización modernización,
al pueblo gente,
a los enemigos del pueblo poderes fácticos,
al trabajo asalariado capital humano
a la explotación empleo.

Por eso una de las funciones vitales de la poesía
-además de robarles ocurrencias a los dioses-
es jugar el papel de fe de erratas.

De Empédocles

**Amar es desatarle las amarras
al pegaso.**

**Hombres y mujeres,
famélicos de atmósfera,
sintiendo que su aletear, nervioso y desplumado,
no los conduce a conquistar la altura,
sino el ridículo,
envidian a los cóndores
que saben picotear el firmamento
y llenarse de infinito las entrañas.**

**Si el sediento está a un vaso transparente
de hallar su manantial,
los humanos poseen
la estrategia del éxtasis
para hacerse del cielo:
citarse en un ósculo,
poner los pies en la tierra
y ascender con los fuegos de artificio de la
excitación
al punto de la atmósfera
donde esboza el orgasmo**

sus efímeros fuegos de artificio.

**Los humanos, satisfechos, se dan a gozar
el bien conquistado:
sentados en la rama
del árbol al que suben,
saborean el fruto que han construido.
Y es entonces ahí que los embarga
el deseo de dictar sentencia absolutoria
para todos los animales enjaulados
por la ley de gravedad,
incluyendo las alas y el relincho
que se esconden
muy dentro de nosotros.**

**Amar es desatarle las amarras
al pegaso.**

De Empédocles

**El *squonk* era un animal sorprendente.
No tenía pestañas de más.
No tenía un corazón
que se moviera, péndulo al fin,
de un lado al otro.
No tenía una larguísima cola
que le sirviera, al enrollarse,
como almohada.
No se comía las uñas con todo y yemas.
No cargaba vello púbico
encima de sus malas intenciones...
Poseía, en cambio, una piel llena de verrugas y
lunares.
Piel envejecida antes de nacer,
epidermis de feto anciano,
escudo contra las mil y una asechanzas
que lo esperaban en el medio ambiente.
Pero lo más característico
del monstruo,
su huella digital
o su marca de fábrica,
es que se trataba del más infeliz**

de los animales
que han estado en el *aquí* y en el *ahora*
perseguidos por los cuatro puntos cardinales del
desorden.

Animal desdichado,
con un morral infinito de suspiros,
que llora,
llora sin cesar,
dejando a su paso
charcos de lágrimas.

Animal tristísimo,
lloraba, moqueaba,
se deshacía literalmente en llanto.

Perdía peso,
corría hacia la flacura más extrema,
como si buscara usar el bastón
de sus propios huesos.

Y proseguía llorando.

No sabía cómo –y a lo mejor ni lo deseaba–
detener su corriente
de grifo acongojado.

No sabía cómo dar con la breve sequía
del consuelo. Carajo, no sabía.

Llora que te llora se la pasaba el día entero
ensartando su rosario de alaridos.

Al encontrárselo, uno no podía
dejar de preguntarle:

¿qué te pasa *squonk*,
por qué cargas en tus pómulos

ese deslave de lágrimas?

**El *squonk* estaba presto a respondernos,
su boca adquiriría de golpe
el molde exacto de la respuesta,
pero un nuevo acceso de llanto
le hacía imposible decir esta boca es mía.**

**Y qué sentido tiene
volver a interrogar,
si el charco de lágrimas
que deja a su paso sólo refleja, sólo,
el atribulado rostro de la pregunta.**

De Empédocles

**La perfección,
puntillosa,
consciente de decir la última palabra
en todos lados,
no gusta de hospedarse,
encarnar
o reencarnar
donde sea.
Pero tal vez le agrade hacerlo
en alguna de las figuras
de la juguetería fantástica
de la geometría.
Pero no donde sea.
Ni en un punto.
Ni en una línea.
Ni en una curva.
Ni siquiera en un círculo
donde un sinnúmero
de puntos
ligeramente curvos
se toman
de la mano.**

**Pero es muy posible
que se halle a sus anchas
en la *circunferencia*
donde nada está fuera de su sitio
y que, a lo que se dice,
fue el juguete amado
-junto con el seno de su madre-
con que mataba el tiempo
Zeus niño.**

**Por eso Empédocles
-bañándose sin cesar
en el inmóvil río
de Parménides-
pensaba que todo viene de una esfera,
se entretiene en el aquí y en el ahora de unos
puntos suspensivos,
y tiende a desembocar otra vez
en una esfera.**

**Pensaba que la perfección,
el orden primigenio,
la cachonda relación entre los entes,
fue destruida a manotazos
por el *Odio*.
Opinaba
que hoy por hoy,
en lo actual,
que está siempre prendido de alfileres,
vivimos ante todo
bajo el signo**

**de la *Discordia*,
donde todo se entrega
a luchar entre sí
a puño y corazón
cerrados.**

**No sólo están en guerra
las cosas, los hombres y las tesis y antítesis
de cualquier controversia cotidiana,
también lo están los dioses
que no pueden ocultar de común
las manchas de sangre divina
asentadas en sus manos
y sus ademanes.**

De Empédocles

**Oh poesía,
eres el microscopio
que descubre la ilusión
de lo invisible,
sacas de su madriguera lo extraviado
y nos dibujas en las pupilas
los contornos insospechados del vacío.**

**Estás aquí, cabe mis ojos,
a la vera de mi insomnio inquisitivo,
y me permites adivinar en esta isla
(en este manchón de tierra que resiste
la invasión de los bárbaros
traficantes de viento,
de burbujas, de sal)
las planicies y montañas,
las ciudades de Siracusa,
Leontini , la dorada Acragas
y el volcán y su caja de Pandora,
con titánicos fuegos apresados...**

Al golpe de la nueva estatura

**que anima a lo minúsculo,
me dejas atisbar
en puntos que son cuerpos
y en cuerpos que son hombres,
cómo el hormiguero de minucias poco a poco
empieza a demoler sus viejos amores
con lo imperceptible...**

**Oh poesía
eres el vidrio de aumento,
con su coágulo de agua bendita,
que embarnece la imagen
y da su alimento prodigioso
a los diminutivos.**

De Salir del Laberinto

El engendro

**La peor venganza del dios de los mares,
los moluscos, las sirenas
y las despedidas,
fue hacer que Pasifae,
una noche en la árida lujuria,
cubierta por “mi razón de vivir”,
diera un paso en falso,
perdiera el ritmo
y fuese de nuevo embarazada.**

**El producto fue un engendro:
el Minotauro,
también llamado Asterio, Asterión,
Hombre blanco.**

**Criatura hecha
por un desorden fantasioso
de las leyes naturales
(como la Esfinge, el Grifo,
el Pegaso, el Unicornio
y todas las visiones
que nacen entre los 39 y los 40 grados de
temperatura),**

**cuando, con su complejo de omnipotencia,
el mundo natural
le da una transfusión de desvaríos
a la mitología
(dando pie a la apoteosis de la locura)
y la mitología
transmite los suyos
a la literatura universal
hasta que, en la conjura de las excepciones
contra el conservadurismo de la regla,
la mente del artista,
la imaginación asesorada por el caos,
hallan en el absurdo
su mejor partitura.**

De Salir del Laberinto

Ninfomanía

**Pasifae ya no se encontraba
satisfecha:
la lujuria de su cónyuge
le parecía un juego desabrido
de niños
y lo peor, de niños castos
que venían de enterrar,
olvidadizos,
al perverso polimorfo
que, desde muy pequeños, encarnaban.**

**Pasifae, rodeada de ninfas,
e hija de una,
había contraído el virus de la ninfomanía,
la sed insaciable
por un intruso y otro y otro
que, rompiendo toda regla,
alivia la pasión
incontrolada,
con una buena dotación
de centímetros.**

**Narraré, no sin ciertos escrúpulos,
los antecedentes o preámbulos,
escritos
con su puño y letra, por la historia y la leyenda,
del episodio central
de esta crónica que vuela por los cielos seculares
como inmortal cometa llevada de mis manos.**

De Salir del laberinto

Prisiones (fragmento)

**Hay cárceles de todos tamaños:
pequeñas, medianas, grandes.
Y hasta algunas, de la extensión del mundo,
que luchan a codazos con la atmósfera
para ver quién es quién en esta Tierra.**

**Hay cárceles que se encogen
hasta ser calabozos tan estrechos
que son la camisa de fuerza
de la víctima;
son cárceles pocilgas,
donde caben apenas la persona
y su respiración,
donde el oxígeno, racionado,
se encoge en las rendijas
de la puerta.
Ni siquiera tienen en el muro
la luz cuadrangular de la ventana
o, cuando menos, una fotografía
del afuera.**

**También existen cárceles medianas,
con pocas celdas y espacios agüitados
para tomar el sol. Con reclusos
que se cuentan con los dedos
de la lástima.**

**Cárceles bien equipadas
con sus baños, su cocina,
su comedor, su altar
y su sala de tortura.**

**Hay también prisiones,
con presos hacinados como colmenas
donde sólo se liba
la amargosa flacura del espacio.**

**Y hay cárceles en sintonía con los tiempos.
Con puertas y escaleras automáticas
por donde sube y baja la modernidad.
Que huelen a jabón y agua colonia,
y en ocasiones a cortos circuitos
de la silla eléctrica.**

**Cárceles elegantes
en donde el pan y el agua consabidos
son reemplazados
por biscochos con pasas y agua de tamarindo.
Calabozos aristocráticos
con paredes de terciopelo,
policías con uniforme de lujo,
y en que se tortura
sólo una vez por semana.**

**En este conjunto variopinto de cárceles
(ya sea las vigiladas por un cancerbero borracho
o las de máxima seguridad)**

a veces

**hay ornamentos múltiples, estrafalarios,
desconcertantes:**

**floreros,
esculturas de barro, fonógrafos,
macetas con cadáveres de geranios,
fotografías
de un horca,
de un paredón agujereado
o de la primera silla eléctrica.**